

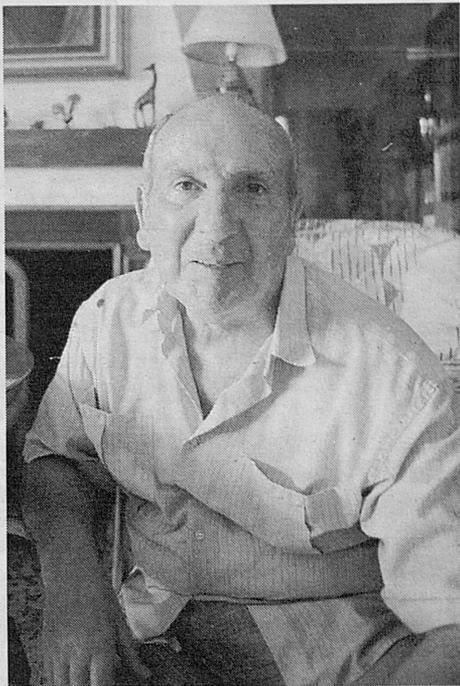
Recuerdo a Recuerda

EMILIO DE SANTIAGO DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA

APENAS frisaría unos ocho mal contados años, cuando tuve la inmensa fortuna de entrar en contacto con la gran pasión de Pepe Martín Recuerda: el teatro. Era yo entonces un tierno infante al que hondamente calaba todo cuanto que ver tuviera con el arte y la cultura, claro está, en la párvula medida que me cumplía por mi corta edad y experiencia. Fue en el magnífico Teatro Isabel la Católica. Nunca podré olvidarlo: era la primera vez que pisaba sus umbrales y también la vez primera que veía teatro 'de verdad', no aquellas comedias del colegio a las que era tan aficionado, ni los teatreros de mi inseparable compañera de diabluras apodada 'la Uchi' (diminutivo del diminutivo Encarnuchi): sábanas de lienzo colgadas de cuerdas enormes, papelines Manila de colores, iluminación de viejos flexos movidos a mano por su hermana, la Paquí, a la que jamás le marró un sonoro ¡coño! cuando se quemaba al tocar las tulipas. Esto ya era en serio. La obra se llamaba 'La llanura'. Quizá no alcancé a entender el mensaje que se escondía tras el diálogo de sus personajes, ni pude comprender la razón última del drama. Pero me apasionó e impresionó su enorme y arrebatadora fuerza escénica, los desgarradores gritos de algún intérprete. Recuerdo con nítida memoria mi silencio perplejo, sobrecogido, y la mirada de reojo de mi padre extrañado por la quieta, desmedida atención desplegada por su normalmente inquieto e 'hiperactivo' vástago.

En la corta medida de mis posibilidades, algo de aquel escenario, cuyo 'atrezzo' me maravillaba, había llegado hasta mi despierta alma de niño y ya nunca me habría de abandonar, ni siquiera ahora que ya soy niño viejo. Eso —he de reconocerlo— lo deberé siempre a este granadino, sencillo y magistral, que acaba de volar hacia otro gran teatro, distinto del de este mundo, donde no caerá el telón jamás.

Como suele acontecer, pasó el tiempo y cambiaron lentamente las cosas y las personas. Nunca perdí de vista a aquel autor sugestivo e hice lo posible por acercarme a él y conocerlo tal que era él en realidad, desnudo de toda teatral tramoya, en su pura y humana esencia. Lo conseguí merced a la amabilidad de un antiguo vecino mío, Antoñito Padial, algo mayor que yo, que empezaba a colaborar en montajes teatrales de aquel antiguo y maravilloso TEU de la calle San Jerónimo (José L. Navarro, Paco Muñoz, Domingo Molina, Manolo Ramírez...) y, acaso también en lo que creo se llamaba Taller de Teatro de la Casa de América. Si mal no recuerdo, María Rus, gran amiga de la familia, trabajaba ya con Recuerda desde los inicios. ¡Qué maravilloso tiempo ido, Dios mío! Cuánto costaba sacar adelante los montajes, cómo se burlaban los mil y un impedimentos que la



oscuridad mental de los analfabetos censores sembraba. Todo lo vencía la férrea tenacidad de Pepe edulcorada con su casi infantil golosina verbal y la más sutil de las satíricas ironías.

Probablemente, o sin duda, he visto o leído su numerosa y brillante obra. Confieso que ninguna pieza me llegó más hondo que 'Las ilusiones de las hermanas viajeras' que rezuma fina nostalgia e infinita ternura parigual a la que espelnde en la 'Doña Rosita' lorquiana. Creo que esta obra es la que más retrata la enorme capacidad de fabular, de imaginar, del maestro, sólo comparable a las hermanas que fueron sus vecinas en Bib-Rambla (vivían, me parece, el los altos de la mercería que fue de Justo Velilla). Las conocí. Representaban la delicada amargura de lo venido a menos, amortiguada con el ensueño esperanzado, rasgo que late en el universal y genuino granadinismo. En el ejercicio del profesorado de Literatura, sabía transmitir Martín Recuerda, como en nadie lo he visto luego, un pálpito de viva y sensitiva catarsis que maravillaría al mismísimo Stanislavski. A muchas de sus clases asistí y nunca me defraudó. Ni sus largas estancias en el extranjero ni los reconocimientos foráneos le hicieron olvidar la Granada de los memorables olvidos, donde «se viene a morir un poco», que diría Juan Ramón Jiménez. El inconformista revolucionario se le quedaba atrás, cuando los tilos de la plaza le regalaban el perfume que aspiró desde chico, correteando como loco por aquellos lugares del mercado mientras, desde el balcón, su madre le gritaba que estaba el almuerzo en la mesa... Descanse en paz tan noble alma.